

que viviera tranquila, pero que ella, á sus muchas ingratitudes pasadas había juntado la no menos degradante de pedir un rey-hombre, en lugar de Dios que hasta entonces había sido su único rey. Les exhortó también, lo mismo que al rey, á que temieran al Señor, que le sirvieran y fueran dóciles, asegurándoles que él les daría su gracia en premio de su buena conducta; pero que si al contrario obraran, su mano pesaría sobre ellos como en otro tiempo había pesado sobre sus padres.

El nuevo monarca estaba, pues, bien avisado de que la suerte de su dinastía dependía enteramente de su docilidad á las órdenes de Dios.

La ciudad levantada en aquel centro de las tribus de Israel, y á donde acudieron, como queda dicho, los ancianos del pueblo hebreo en demanda de un rey á Samuel, fué tiempo después fortificada por Assa, rey de Judá para defenderla contra Israel. La población superior ocupaba la cumbre de Neby-Samuil, la baja ó inferior se extendía por la ladera de este monte hacia oeste, y juntas formaban la antigua Ramabhaim-Sophim, cuna de Samuel y también lugar de su sepulcro. Créese que la casa del profeta é ilustre juez que tuvo la dicha de afianzar la independencia de su patria, comprometida por las victorias de los filisteos, estuvo situada en la ciudad alta, lo mismo que las de sus discípulos y un altar erigido al Señor.

Allí moran hoy día en pocas casas unos veinte musulmanes, pero algunas de ellas, que vieron quizás los tiempos bíblicos, merecen fijar la atención del viajero. Compónese la primera de una sala larga de veinte pasos por nueve de ancho, abierta por completo en la peña, y teniendo por techo una bóveda de época más reciente; otra hay antiquísima, labrada también en la roca, pero de menores dimensiones, y lo mismo ha de decirse de un tercer recinto dividido en varias estancias. Los cimientos de un edificio importante apoyados en la peña son aún muy perceptibles. Dos fuentes proveen de agua á la aldea: el agua de la una es recogida en dilatada y profunda cisterna abierta en la roca; la otra brota en una gruta rectangular á la que se baja por algunos escalones, siendo conocida con el nombre de Ainen-Neby-Samuil (fuente del profeta Samuel).

En el punto culminante, consagrada al mismo glorioso personaje, existe una mezquita que fué antes iglesia cristiana en forma de cruz latina; en obscura capilla, cerrada por medio de una verja, hállase un sarcófago de madera cubierto con un tapiz. Es tradición musulmana que en él descansan los restos del santo profeta, siendo así que por San Jerónimo se sabe que en el año 406 de nuestra era los huesos del santo

fuéron llevados de Judea á Calcedonia, de donde, según se refiere el historiador Calixto, se enviaron á Constantinopla, depositándolos en una iglesia junto al palacio del Hebdomon.

Una escalera interior conduce de la mezquita á la azotea y luego al alminar con que remata; desde allí disfrútase de extenso panorama y abraza la vista gran parte de Judea y Palestina; al poniente se extiende el Mediterráneo; á levante, más allá del Jordán y del mar Muerto, se divisan las montañas de Ammón y de Moab, de cuyos valles venimos; al Norte se alza la sierra de Efraim, y al Sud la de Judá. Del vasto cuadro han desaparecido muchas ciudades que antes lo embellecían; las que se ven todavía son apenas sombra de lo que fueron; pero el inmenso marco guarda en todas las partes recuerdos y memorias que jamás desaparecerán.

El peregrino que pasa por la falda del Neby-Samuil, no deja de subir al monte, ansioso de contemplar cuanto antes, siquiera de lejos, el objeto principal de su peregrinación, la ciudad santa de Jerusalén; y desde allí, á la vista del lugar por él tan ardientemente suspirado, por el cual ha arrostrado tantas fatigas y peligros, derramar lágrimas de alegría y entregarse á los transportes de piadoso contento. A esto se debe su nombre de *Mons Gaudii*; los francos diéronle el de *Montjoie*.

Por la misma escalera que nos ha conducido de la mezquita á la azotea y al alminar con que remata, llégase á las arruinadas estancias que formaban parte de la abadía inmediata á la iglesia y que, como ésta, fueron obra del tiempo de las Cruzadas; aquellas desplomadas bóvedas, vastos subterráneos y abundancia de escombros son testimonios de su importancia. La historia señala por constructores suyos á los premostratenses durante el siglo XII, y hay motivos para creer que ocupó el mismo lugar de anterior monasterio en que se guardaba el sepulcro del profeta Samuel, pues consta que Justiniano dispuso la construcción de un muro cerca en el monasterio que allí existía con el nombre de San Samuel.

Teatro de trágicas escenas fué aquella abadía poco antes de la toma de Jerusalén por Saladinos.

He aquí la historia y el desarrollo de los hechos antecedentes.

Saladino, siendo joven, amó la disipación y los placeres, y permaneció por mucho tiempo apartado de la política y de la guerra; pero llegado á las dignidades supremas, cambió la conducta y reformó sus costumbres. «Quien parecía haber nacido para los placeres y la obscuridad de un serrallo, escribe Bernardo el Tesorero, viósele de repente un nuevo hombre, que parecía haber nacido para el imperio: su grave-

dad infundía respeto á los emires; sus liberalidades le atrajeron los votos del ejército, y la austeridad de su devoción le hacía apreciable á todos los verdaderos creyentes.»

En el año 1170, los francos, que no veían en Saladino un enemigo temible, no habían renunciado aún á sus proyectos sobre el Egipto. «La flota griega, vanamente esperada, durante la precedente expedición, llegó al fin al puesto de Tolemada, dice M. Michaud. Entonces, continúa diciendo, resolvióse regresar á las orillas del Nilo. La flota y el ejército cristiano mandados por el rey de Jerusalén, fueron á sitiar la ciudad de Damietta. Allí los cristianos perdieron la mitad de sus soldados, víctimas del hambre ó del hierro enemigo, y todos sus navíos fueron quemados por el fuego griego ó dispersados por la tempestad: ellos se vieron finalmente obligados á renunciar á su empresa después de cincuenta días de un sitio en el cual los jefes fueron acusados de faltar al valor, á la prudencia y á la táctica. Así el porfiar Amaury en seguir una guerra desgraciada contribuyó á mejorar la posición de los musulmanes, y debió recordar á los francos de la Palestina estas palabras que los profetas repetían á los hebreos: «Hijos de Israel, no dirijáis vuestras miradas ni vuestros pasos hacia el Egipto.»

Como los diputados que se habían enviado al Occidente estaban ya de vuelta en Siria, sin esperanzas de socorros, el rey de Jerusalén puso toda su esperanza en los griegos, y partió para Constantinopla, dejando, así lo dice él mismo, á Jesucristo, cuyo ministro él era, el cuidado de gobernar su reino. Cuando el rey regresó á Jerusalén, encontró á su reino amenazado por todas partes por las fuerzas de Noredino.

Si la guerra había suspendido un momento sus estragos, estos intervalos de paz no eran debidos, en el sentir de muchos historiadores, sino al azote horrible que acababa de desolar á la Siria. Las crónicas contemporáneas nos transmiten la noticia de un temblor de tierra que había destruído todas las ciudades: Tiro, Trípoli, Antioquía, Emesa y Alepo sólo presentaban el aspecto de montes de piedras; la mayor parte de las plazas fuertes vieron caer sus sólidas murallas y perdieron á la vez sus habitantes y sus defensores. Cada príncipe, cada pueblo, ocupado de sus alarmas y de sus calamidades, no soñó más en armarse contra sus vecinos, y el «temor de los juicios de Dios» vino á ser como un tratado de paz entre los musulmanes y los cristianos.

Sin embargo en 1171 Saladino acabó de someter al Egipto al imperio de Noredino, y para que nada faltase á su conquista, supo reformar las creencias religiosas del pueblo vencido. La autoridad de los fatimitas fué abolida, y poco tiempo después el califa Aded, siempre invisible en

su palacio, murió sin saber que había perdido el poder. Los cristianos acusaron entonces á Saladino de haberle muerto con sus propias manos; pero como ninguno de los historiadores musulmanes ha revelado este horrible secreto de la política oriental, los tesoros del califa sirvieron para acallar las murmuraciones del pueblo y de los soldados. El negro color de los Abasidas reemplazó al blanco de los hijos de Alí, y sólo el nombre del Califa de Bagdad era el único que se pronunciaba en la mezquita. La dinastía de los fatimitas que reinaba más de dos siglos hacía, y por la cual se había derramado tanta sangre, se extinguió en un solo día y no encontró un solo defensor. Desde esta época, los musulmanes del Egipto y de la Siria no tuvieron más que una religión y una sola causa que defender.

Saladino nada tenía que temer de sus enemigos; pero una fortuna tan rápida, un poder tan grande, debía excitar á la vez la envidia de sus rivales y la desconfianza del jefe del Estado.

El soberano de Damasco no hacía más que mirar con inquietud una conquista que le había llenado de alegría. Debe creerse, con todo, que Saladino no pensó desde luego en hacerse emperador, pero era tal la posición en que las circunstancias le habían colocado, que no era dueño de elegir el partido que debía tomar; el poder supremo que se le acusaba querer usurpar, vino á ser el único medio que le quedaba para salvarse. Es un espectáculo curioso de ver en los historiadores árabes como el sultán de Damasco y el hijo de Ayub, emplean sucesivamente la mentira y el disimulo, el uno para adelantarse á los proyectos de un infiel lugarteniente, y el otro para escapar de las sospechas de un jefe irritado. Noredino á fin de hacer salir á Saladino de Egipto, en donde tenía mucha influencia, le llamó muchas veces á Siria, para asociarle, decía él, á sus empresas contra los cristianos; Saladino, fingiendo obedecer, atravesó el desierto, asoló las fronteras de la Idumea y apresuróse á regresar á las orillas del Nilo, alegando ya una nueva conquista sobre Nubia, ó hacia el mar Rojo, y á una sublevación que había estallado en algunas ciudades egipcias, y que debía reprimir. Sin embargo, la astucia y la perfidia no podían bastar á encubrir por mucho tiempo los secretos y designios de una ambición impaciente, ó de una autoridad celosa, y la guerra con todos sus peligros, iba á estallar, cuando se supo de repente la muerte de Noredino.

Este príncipe murió en Damasco en 1174. Sólo dejó á un hijo Malek-Saleh Ismael, aun en la adolescencia é incapaz por lo tanto de gobernar. Una muerte tan brusca y tan imprevista puso á todos los pueblos de la Siria en una extrema agitación. Desde Damasco hasta el Mosul

no había una sola ciudad, un sultán ó emir que no soñase en aprovecharse de este gran acontecimiento para recobrar su independencia, y para posesionarse de su antigua dominación, ó para crearse una nueva.

Los Estados vecinos de las colonias cristianas no desdeñaron en esta ocasión la alianza de los francos; y concluyeron con ellos tratados, comprometiéndose á pagarles tributo, con la condición que se haría la guerra á Saladino, porque todo el mundo tenía puestos los ojos sobre el terrible conquistador del Egipto á quien se suponía con razón tener el plan de ocupar el puesto de Noredino y apoderarse del poderoso imperio de los Atabeks.

Amaury sitió á Paneas que había caído anteriormente bajo el poder de Noredino: activó considerablemente el sitio, pero los emires que gobernaban entonces en Damasco le ofrecieron una suma considerable si renunciaba á su empresa, y le amenazaron al mismo tiempo con llamar en su ayuda á Saladino y de entregar la Siria al hijo de Ayub. Amaury aceptó el pro con que se le brindó, y á más obtuvo la libertad de entregar caballeros cristianos, retenidos en cautiverio por los musulmanes. Recién llegado á Jerusalén cayó enfermo sin prever las grandes revoluciones de que iba á ser teatro su reino.

No abandonaremos á Maury, sin decir algunas palabras de la situación que dejaba su reino.

Puede verse en los tribunales de Jerusalén, que en esta época, las ciudades y las diversas varonías de la Tierra Santa tenían para el servicio del Estado más de cuatro mil caballeros y cerca de seis mil sargentos de armas, lo que podía formar un cuerpo de doce á quince mil hombres, en los tiempos ordinarios. Los tribunales no hablan de los templarios, de los hospitalarios, ni de las otras órdenes militares cuya milicia se aumentaba y se hacía más temible. Es preciso añadir que todas las ciudades del reino tenían murallas y torres guardadas por los habitantes; en todas las fronteras del país, en todas las avenidas de Jerusalén, se levantaban fortalezas, estaban llenas de armas y soldados las montañas de la Judea y del Libano; el país de Moad y de Galaad, tenían también cavernas ó grutas fortificadas y transformadas en plazas de guerra; los recursos pecuniarios no faltaban, las peregrinaciones, la industria y el comercio marítimo habían proporcionado muchas riquezas, y la mayor parte de las ciudades de la costa estaban florecientes. En el tercer año de su reinado, Amaury reunió en Naplusa al patriarca, los obispos, los grandes y el pueblo; las necesidades del reino fueron expuestas en esta asamblea, y decretóse de común acuerdo, que todo el mundo, sin excepción, pagaría el décimo de sus propiedades para el

servicio del Estado. Existían otras contribuciones que se pagaban religiosamente y Guillermo de Tiro nos dice que Amaury no descuidaba ocasión alguna de recurrir á la riqueza de sus vasallos. ¿Por qué pues el reino de Jerusalén era cada día menos respetado de sus vecinos? ¿Cómo los hijos y sucesores de los primeros soldados de la cruz con todo lo que ordinariamente constituye la fuerza, la gloria y la salud de las naciones estaban reducidos á temblar delante de los enemigos, que sus padres habían vencido sin tener armas ni dinero ó sueldo ni plazas fuertes? ¿Cómo en fin un gobierno fundado por la victoria y provisto de todo lo necesario para defenderse conserva con tanta pena las ciudades y las provincias, conquistadas poco hacía por reyes pobres y caballeros que sólo tenían su espada?

Un historiador, Jaime de Vetry, hace notar con este motivo que las costumbres, el carácter, las belicosas virtudes, todo había degenerado; los héroes de la cruz habían desaparecido y los hombres que descendían de esta ilustre raza eran como el orujo de las aceitunas ó como el orín que proviene del hierro.

El hijo y sucesor de Amaury, que no se hallaba aún en edad para gobernar, recibió la unción real y bajo el nombre de Balduino IV fué coronado en la iglesia del Santo Sepulcro. El historiador Guillermo de Tiro que había estado encargado de su educación, nos habla de su feliz disposición para el estudio de la historia y de las letras. Desde su infancia amaba la gloria, la verdad y la justicia; pero estas cualidades fueron perdidas para el reino porque la lepra que le devoraba le impedía poder reinar por sí mismo. La historia contemporánea no ha encontrado otro título ni otro nombre para darle, que el de *rey leproso ó mesel*.

Dos hombres se disputaron la regencia, Milon de Pleney y Raimundo, conde de Trípoli. El primero era señor de la Arabia Sobal; había dirigido la política de Amaury y pretendía dirigir aún la de su hijo. Milon de Pleney tenía la opinión de un hombre disoluto y malvado; tenía además una arrogancia insoportable, y una presunción excesiva; celoso de toda especie de autoridad no sufría que nadie se acercase al trono ni ejerciese influencia alguna en la corte y en el Estado lo que le había hecho odioso á los grandes y á los pequeños. Por lo demás, la historia contemporánea sólo habla de él para decirnos que se le encontró herido en una calle de Tolemaida; y nosotros también hablamos de él solamente para hacer ver en qué manos había caído la herencia de Jesucristo.

Raimundo IV, descendiente del famoso Raimundo de Saint-Gilles, reunía el valor, la actividad y la ambición del héroe de quien traía su